

Investigar para transformar. El legado de Fals Borda

Jairo Rivera Morales



*Hay hombres que luchan un día y son buenos.
Hay otros que luchan un año y son mejores.
Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos.
Pero hay los que luchan toda la vida:
Esos son los imprescindibles.*

Bertolt Brecht

El pasado 24 de julio tuve oportunidad de asistir a la presentación de la cuarta edición del libro *La subversión en Colombia*, del profesor Orlando Fals Borda, realizada en el Auditorio “Jorge Enrique Molina” de la Universidad Central. Escuché con fruición las disertaciones del Rector Guillermo Páramo Rocha, de la Senadora Piedad Córdoba, del Profesor Ricardo Sánchez y del maestro Carlos Gaviria, acerca de la vida y obra del autor, a quien tuve el privilegio de tratar. Al final del

apoteósico acto —una verdadera fiesta del espíritu—, fue emocionante escuchar, una vez más, la palabra diáfana de Orlando, oteando el porvenir, reafirmando sus convicciones de demócrata radical, interpretando con su alma musical la heterofonía refundante de nuestro pueblo en la historia, propiciando la reconciliación con contradictores no antagónicos y profiriendo un llamado perentorio a defender el ideario de unidad de la izquierda colombiana y de la colectividad que mejor la representa,

el Polo Democrático Alternativo, de la cual era y seguirá siendo *Presidente Honorario*. Allí, jubiloso y radiante, a pesar del deterioro y la postración que hacían presagiar la inminencia del implacable desenlace, contribuyó como el que más a alegrar el certamen y derrochó optimismo por doquier. Seguramente allá en su interior, en medio de los dolores que debían agobiarlo, estaba repitiendo la consigna de los versos de Mario Benedetti que alguna vez nos declamó en inolvidable tertulia realizada después de la presentación de su libro *Kaziyadu*:

Defender la alegría como una bandera
defenderla del rayo y la melancolía
de los ingenuos y de los canallas
de la retórica y los paros cardíacos
de las endemias y las academias

Gorki, recordando a Lenin, escribió que la característica más sobresaliente en la cotidianidad de aquel titán revolucionario era la sencillez; algo parecido he leído en un escrito de Mario Laserna acerca de Einstein. Todo indica que existe una gran afinidad entre grandeza y humildad. Sólo la estulticia ha conseguido que el hombre, terriblemente equivocado, se emparente con la vanidad, tornándose fatuo y arrogante. La vida de Orlando fue una confirmación inexorable de esa realidad. El interlocutor desprevenido o el observador desavisado jamás habrían podido suponer que aquel modesto peregrino, de suave paso y ademán risueño, había llegado a ser, en el inconmensurable campo de las ciencias sociales, la figura académica nacional e internacionalmente más elevada de la patria. Ejercía su magisterio superior, como al desgaire —así como solía jugar con su bordón—, como quien no quiere llamar la atención; con un estilo *sui-generis* que bien podría enmarcarse dentro de lo que hoy, equivocadamente, se califica como ‘de bajo perfil’.

Era tímido, como suelen serlo los que inscriben el respeto a manera de impronta en su conducta. Venturosamente aquel magisterio

Todo indica que
existe una gran
afinidad entre
grandeza y humildad.
Sólo la estulticia ha
conseguido que el
hombre,
terriblemente
equivocado, se
emparente con la
vanidad, tornándose
fatuo y arrogante. La
vida de Orlando fue
una confirmación
inexorable de esa
realidad.

está ya incorporado a los anales de la historia nacional. Escribió recientemente Óscar Collazos, otro de sus discípulos de palabra fácil: “*iDe seres superiores como él, aprendimos a ser libres, insubordinados, acaso mejores!*”. En todo caso, quienes lo conocimos, lo admiramos y lo queremos, tal vez más ahora, después de la vida, sabemos que por la grieta que se abrió para recibir su envoltura mortal, se ha ido el más genuino epígono contemporáneo de la izquierda colombiana. Él, Antonio García, Gerardo Molina y Diego Montaña Cuellar conforman, entre nuestros intelectuales comprometidos con el socialismo, el cuarteto más aventajado de la última centuria.

Hizo de su ternura proverbial una coraza con la que custodiaba, por pudor y por no ser “*motivo de pena ajena*”, las cicatrices que le marcaron el alma a raíz de las vicisitudes y la pérdida de María Cristina, su compañera de todos los instantes, quien lo precedió en el tránsito ineluctable. Fue ella, sin lugar a dudas, el fundamental estímulo y una de sus más grandes devociones. A su lado creció la vocación pedagógica, se ensanchó la perspectiva sobre Colombia y el mundo a que habría de avocarlo la ciencia, entendida ésta última no como una ‘mariposa de contemplación’, sino como un proceso dialéctico de incesante creación, en el cual la teoría y la práctica coexistieron en una relación de fecunda interdependencia. El encuentro con aquella mujer extraordinaria fue en la vida de Orlando algo así como una iluminación. Nunca dejó de producir ubérrima y renovada cosecha, en la parcela espiritual del Maestro, la siembra afortunada que el amor surtió desde ese otro espíritu, tan grande y generoso como el suyo. Su compañía le brindó el éxtasis arrobador que emana del encuentro de lo humano con lo humano; no obstante, la causa que los unió también les deparó la adversidad, templando de contera, las potencias de sus almas. Ella, como en el verso de Francisco Luis Bernárdez, tuvo “*la forma justa de su vida / y la medida de su pensamiento*”.

André Malraux, al recibir el premio Alfonso Reyes, enunció esta verdad: “*Un intelectual no es sólo aquel que necesita de los libros; sino todo hombre a quien una idea, por elemental que ella sea, ordena y compromete en la vida*”. Creo que así pensaba Orlando. Nos refería Ricardo Sánchez que Aníbal Quijano, el célebre sociólogo peruano, alguna vez definió al científico barranquillero como “*un héroe cultural*”. Hay en esa definición remembranzas de lo que concebimos como “*creación heroica*”, desde cuando el amaute Mariátegui nos instó para que no fuese “calco ni copia” el socialismo indoamericano. En verdad esa fue una de las grandes obsesiones de Fals, desde

cuando escribió, en 1967, la primera versión de *La subversión en Colombia*; un metarrelato que es hoy referencia obligada de quienes se adentran en la historia de los cambios ocurridos en la vida nacional y de las formas de pensar que los han precedido y catalizado. Para entonces ya tenía perfectamente claro que el sacerdote Camilo Torres Restrepo había sido el iniciador de lo que denominó la ‘*cuarta subversión moral en Colombia: la neosocialista*’. Por eso, ésta última edición de la obra fue dedicada a la memoria del insigne revolucionario, creador del Frente Unido del Pueblo, quien fuera su compañero en memorables jornadas como la elaboración del libro *La violencia en Colombia*, conjuntamente con el padre Germán Guzmán Campos y con Eduardo Umaña Luna. La redacción de las *Reglas para la acción comunal*, las cuales fueron después prostituidas por los gamonales de la politiquería; y la fundación de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional.

El texto en cuestión ha retornado, en hora buena, para trastocar el concepto ortodoxo de subversión, en estos tiempos de *neo-macartismo*. Antonio García expresó que “*la revolución no es un acto simple de iluminados, ni es un salto al vacío, ni es la catástrofe decretada para mañana*”. Orlando, ajeno a los reduccionismos epistemológicos, nos llevó a descubrir que la subversión no es una amenaza para la sociedad, ni busca destruirla, como lo inculcan los guardianes del orden establecido a quienes no suele importarles la necesidad del cambio, por considerar el estado actual de casos y de cosas –en el que disfrutan de un mezquino bienestar diseñado más para el *tener*, que para el *ser*–, como algo ideal: “*Dentro de la perspectiva histórica los antisociales resultan ser otros; son los que defienden un orden injusto, creyendo que es justo sólo porque es tradicional*”. Los subversores del orden vienen a ser, en realidad, reconstructores de la sociedad, según nuevas normas y pautas.

Después de haberse proyectado en el ámbito internacional como el verdadero adalid de la

La muerte no lo sorprendió. Entró en ella sin que le pesaran los años, sin vergüenza ni arrepentimiento por los días vividos; la asumió con la satisfacción de quien no fue inferior a su destino.

Investigación Acción Participativa, continuó su labor de activista político sin aspirar a ningún honor distinto al de servir a la causa de sus devociones. Nunca buscó posiciones de preeminencia dentro de la dirigencia de los movimientos y partidos que contribuyó a formar con su experiencia y a iluminar con la antorcha de sus convicciones. No persiguió las distinciones ni las dignidades, sino que éstas lo alcanzaron, llegando a su vida como en el caso del romano Cincinato o en el de Darío Echandía, por la fuerza incontenible del reconocimiento ciudadano.

Defendió hasta la saciedad la construcción de un socialismo raizal, ecológico y de nuevo cuño, sin desconocer los grandes aportes de los teóricos del nuevo humanismo que Kautsky definiera como “*la organización democrática de la vida económica, social, política y cultural de los pueblos*”. Fue Director de investigaciones del Instituto de Naciones Unidas para el desarrollo social y Presidente del Consejo de Educación de adultos de América latina. Recibió, igualmente, incontables reconocimientos del más alto rango académico, científico y político por sus invaluable aportes a las ciencias sociales. Abordó certeramente el asunto de la insurgencia de las regiones y lo imbricó con la temática del reordenamiento territorial, la cual tendrá importancia superlativa a la hora de asumir, desde la *cepa*, con responsabilidad, sin mezquinos

intereses de clientela, sin consagración de “*feudos podridos*” y sin estridencias demagógicas, la solución certera de nuestros conflictos actuales. En este campo, en la Asamblea Constituyente de 1991, su participación –no siempre valorada y comprendida–, fue estelar.

En los últimos tiempos, evocando a Erich Fromm, solía repetir algo que le habíamos escuchado decir en Ibagué, cuando en el año 2000 presidió las *Jornadas de Reflexión* organizadas por Miguel Eduardo Cárdenas, de ‘Fescol’, y Guillermo Alfonso Jaramillo Martínez del movimiento ‘Alternativa Socialista y Democrática del Tolima’: “*Para nosotros ser de izquierda, significa comprender y amar*”. Avizoraba así, deliberadamente, un desemboque muy *camilista* –tan contemporizador de cristianismo y marxismo como los novedosos postulados de Enrique Dussel–, para las cogitaciones de nuestro filósofo Fernando González y para las preocupaciones planteadas por el “Che” Guevara en su obra *El socialismo y el hombre en Cuba*. Otro de mis coterráneos de afortunadas realizaciones, Julio César Carrión, Director del Centro Cultural de la Universidad del Tolima, con el pretexto de registrar el IX Congreso nacional de sociología y de glosar algunos de los documentos emanados de aquel certamen, terminó por dedicar enteramente a la vida y obra del Maestro la entrega número 11 de la revista

Aquelarre, publicada en el primer semestre del 2007. No vacilo en recomendar su lectura.

La muerte no lo sorprendió. Entró en ella sin que le pesaran los años, sin vergüenza ni arrepentimiento por los días vividos; la asumió con la satisfacción de quien no fue inferior a su destino. No conoció el remordimiento que engendran las claudicaciones. Los repliegues tácticos, si los hubo en su vida, jamás mancillaron la firmeza de los sólidos principios que la informaron y orientaron.

Se nos ha escapado una ejemplar y hermosa vida. Para interpretar el sentimiento de miles de colombianos que lo tratamos y apreciamos y que somos herederos de su precioso legado de *investigar para transformar*; para expresar la gratitud de todo un pueblo, sólo se me ocurre repetir las palabras resaltadas por Lenin al encabezar uno de sus escritos del otoño de 1895, registrando la desaparición de Federico Engels: “*¡Qué lumbrera intelectual se ha apagado! ¡Qué gran corazón ha dejado de latir!*” **LU**